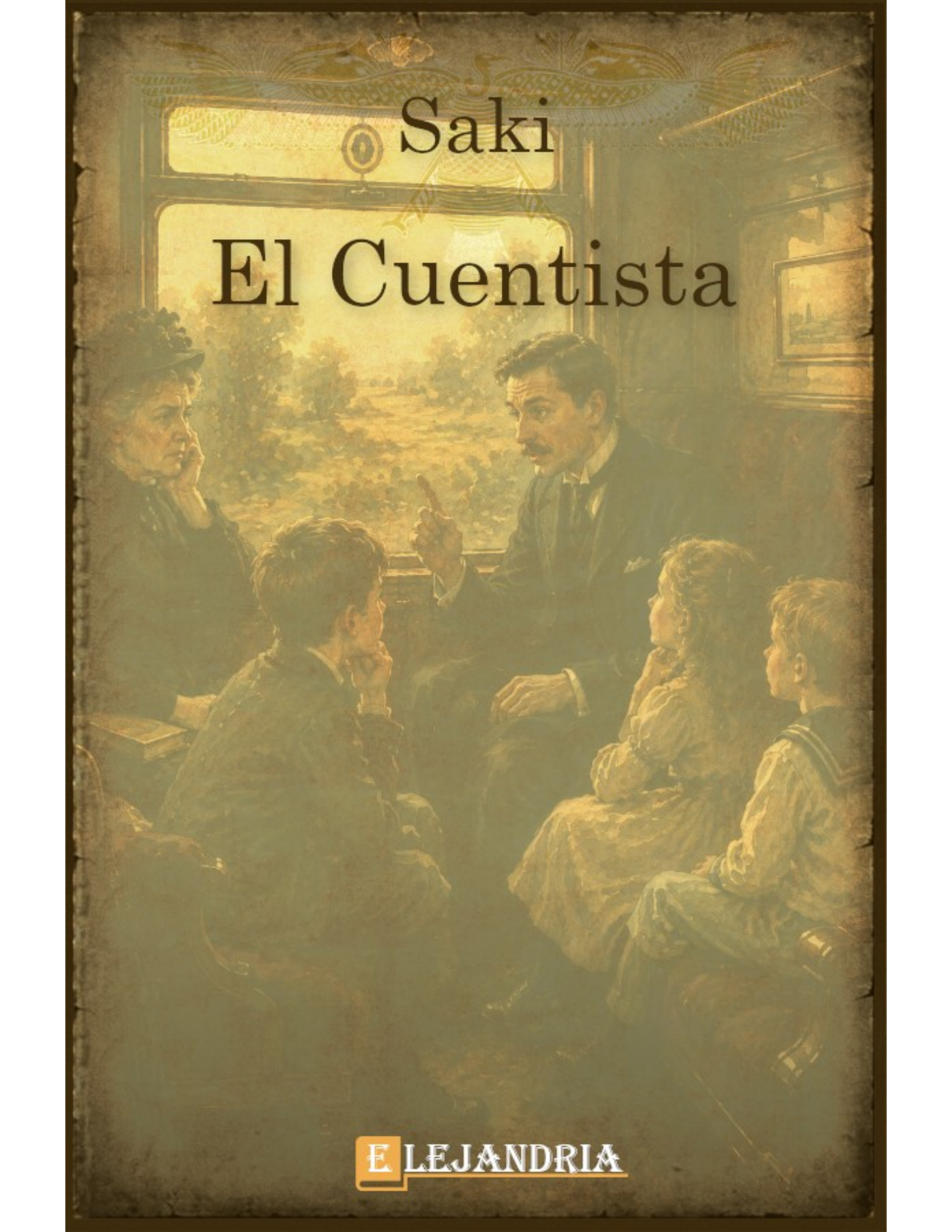




Saki

El Cuentista

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL CUENTISTA

SAKI

**PUBLICADO: 1911
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL CUENTISTA

Era una tarde calurosa, y el compartimento del tren resultaba de lo más bochornoso; la próxima parada era Templecombe, a casi una hora de allí. Los ocupantes del compartimento eran una niña, otra niña más pequeña y un niño pequeño. Una tía perteneciente a los niños ocupaba un asiento en el rincón, y el rincón más alejado del lado opuesto lo ocupaba un soltero que era un desconocido para el grupo; pero las niñas y el niño ocupaban el compartimento de manera categórica. Tanto la tía como los niños conversaban de un modo limitado e incesante que recordaba a las atenciones de una mosca doméstica que se niega a desalentarse. La mayoría de los comentarios de la tía parecían comenzar con *No*, y casi todos los comentarios de los niños empezaban con *¿Por qué?*. El soltero no decía nada en voz alta. — ¡No, Cyril, no! — exclamó la tía, cuando el niño pequeño comenzó a aporrear los cojines del asiento, levantando una nube de polvo con cada golpe.

— Ven a mirar por la ventana — añadió.

El niño se acercó a la ventana con desgana. — ¿Por qué están sacando esas ovejas de ese campo? — preguntó.

— Supongo que las llevan a otro campo donde hay más hierba — dijo la tía con escasa convicción.

— Pero en ese campo hay mucha hierba — protestó el niño—. No hay nada más que hierba. Tía, en ese campo hay mucha hierba.

— Quizá la hierba del otro campo sea mejor — sugirió la tía neciamente.

— ¿Por qué es mejor? — llegó la pregunta rápida e inevitable.

—¡Oh, mira esas vacas! —exclamó la tía. Casi todos los campos que bordeaban la vía contenían vacas o bueyes, pero ella hablaba como si estuviera llamando la atención sobre una rareza.

—¿Por qué es mejor la hierba del otro campo? —insistió Cyril.

La expresión ceñuda del soltero se iba ensombreciendo hasta convertirse en un gesto torvo. Era un hombre duro y poco comprensivo, decidió la tía para sus adentros. Ella era absolutamente incapaz de dar una respuesta satisfactoria sobre la hierba del otro campo.

La niña más pequeña creó una distracción poniéndose a recitar «De camino a Mandalay». Solo sabía el primer verso, pero le sacaba el máximo partido posible a sus escasos conocimientos. Lo repitió una y otra vez con una voz soñadora pero resuelta y muy audible; al soltero le pareció que alguien había apostado con ella a que no podía repetir el verso en voz alta dos mil veces sin parar. Quien hubiera hecho la apuesta tenía visos de perderla.

—Venid aquí y escuchad un cuento —dijo la tía, cuando el soltero la había mirado dos veces a ella y una vez a la señal de alarma.

Los niños se arrastraron con desgana hacia el extremo del compartimento donde estaba la tía. Era evidente que su reputación como cuentista no gozaba de mucho predicamento entre ellos.

En voz baja y confidencial, interrumpida a intervalos frecuentes por las ruidosas y perentorias preguntas de sus oyentes, comenzó un cuento anodino y deplorablemente aburrido sobre una niña buena que se ganaba la amistad de todo el mundo gracias a su bondad, y que al final era rescatada de un toro enloquecido por un grupo de salvadores que admiraban su carácter moral.

—¿La habrían salvado si no hubiera sido buena? —preguntó la mayor de las niñas pequeñas. Era exactamente la pregunta que el soltero había querido hacer.

—Bueno, sí —admitió la tía con poca convicción—, pero creo que no habrían corrido tan deprisa a ayudarla si no les hubiera caído tan bien.

—Es el cuento más estúpido que he oído en mi vida —dijo la mayor de las niñas pequeñas con enorme convicción.

— Yo dejé de escuchar después del principio, era tan estúpido — dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo ningún comentario sobre el cuento, pero hacía ya rato que había retomado el murmullo repetido de su verso favorito.

— Parece que no tiene usted mucho éxito como cuentista — dijo el soltero de repente desde su rincón.

La tía se encrespó al instante en defensa propia ante aquel ataque inesperado.

— Es muy difícil contar cuentos que los niños puedan entender y apreciar al mismo tiempo — dijo con rigidez.

— No estoy de acuerdo con usted — dijo el soltero.

— Quizá le gustaría contarles usted un cuento — fue la réplica de la tía.

— ¡Cuéntenos un cuento! — pidió la mayor de las niñas pequeñas.

— Érase una vez — comenzó el soltero — una niña llamada Bertha, que era extraordinariamente buena.

El interés momentáneamente despertado de los niños comenzó a desvanecerse de inmediato; todos los cuentos parecían terriblemente iguales, sin importar quién los contara.

— Hacía todo lo que le mandaban, era siempre sincera, mantenía la ropa limpia, comía pudines de leche como si fueran tartas de mermelada, aprendía las lecciones a la perfección y tenía buenos modales.

— ¿Era guapa? — preguntó la mayor de las niñas pequeñas.

— No tan guapa como cualquiera de vosotras — dijo el soltero —, pero era *horriblemente buena*.

Hubo una oleada de reacción a favor del cuento; la palabra *horriblemente* asociada a la bondad era una novedad que se hacía querer. Parecía introducir un toque de verdad que estaba ausente en los cuentos de la tía sobre la vida infantil.

— Era tan buena — continuó el soltero — que ganó varias medallas por su bondad, que siempre llevaba prendidas en el vestido. Había una medalla por obediencia, otra por puntualidad y una tercera por buena conducta. Eran

medallas grandes de metal y tintineaban unas contra otras al caminar. Ningún otro niño del pueblo donde vivía tenía tres medallas, así que todo el mundo sabía que debía de ser una niña extraordinariamente buena.

—*Horriblemente* buena —citó Cyril.

—Todo el mundo hablaba de su bondad, y el Príncipe del país se enteró de ello, y dijo que, puesto que era tan buena, podría ir a pasear una vez a la semana por su parque, que estaba justo a las afueras del pueblo. Era un parque precioso al que nunca se permitía entrar a los niños, así que era un gran honor para Bertha que la dejaran ir allí.

—¿Había ovejas en el parque? —preguntó Cyril.

—No —dijo el soltero—; no había ovejas.

—¿Por qué no había ovejas? —llegó la inevitable pregunta que suscitaba aquella respuesta.

La tía se permitió una sonrisa que casi podría haberse descrito como una mueca de satisfacción.

—No había ovejas en el parque —dijo el soltero— porque la madre del Príncipe había tenido en cierta ocasión un sueño en el que su hijo moriría bien a manos de una oveja, bien aplastado por un reloj que le cayera encima. Por esa razón, el Príncipe nunca tuvo ovejas en su parque ni relojes en su palacio.

La tía reprimió una exclamación de admiración.

—¿Mató al Príncipe una oveja o un reloj? —preguntó Cyril.

—Sigue vivo, así que no podemos saber si el sueño se hará realidad —dijo el soltero con indiferencia—; en todo caso, no había ovejas en el parque, pero sí había muchísimos cerditos correteando por todas partes.

—¿De qué color eran?

—Negros con la cara blanca, blancos con manchas negras, negros del todo, grises con manchas blancas y algunos eran completamente blancos.

El cuentista hizo una pausa para dejar que la imagen completa de los tesoros del parque se asentara en la imaginación de los niños; luego continuó:

—A Bertha le dio cierta pena descubrir que no había flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no cogería ninguna de las flores del bondadoso Príncipe, y tenía intención de cumplir su promesa, así que naturalmente se sintió un poco tonta al descubrir que no había flores que coger.

—¿Por qué no había flores?

—Porque los cerdos se las habían comido todas —dijo el soltero sin vacilar—. Los jardineros le habían dicho al Príncipe que no podía tener cerdos y flores a la vez, así que decidió quedarse con los cerdos y prescindir de las flores.

Se oyó un murmullo de aprobación ante la excelencia de la decisión del Príncipe; mucha gente habría decidido lo contrario.

—Había muchas otras cosas deliciosas en el parque. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con loros preciosos que decían cosas inteligentes en el acto, y colibríes que tarareaban todas las canciones de moda del momento. Bertha paseaba arriba y abajo disfrutando enormemente, y pensaba para sí: «Si no fuera tan extraordinariamente buena, no me habrían dejado entrar en este parque tan hermoso y disfrutar de todo lo que hay en él», y sus tres medallas tintineaban unas contra otras al caminar y le recordaban lo muy buena que era en realidad. En ese preciso momento, un enorme lobo entró merodeando en el parque para ver si podía atrapar un cerdito gordo para cenar.

—¿De qué color era? —preguntaron los niños, con un inmediato avivamiento del interés.

—Del color del barro por todas partes, con la lengua negra y los ojos gris pálido que relucían con una ferocidad indescriptible. Lo primero que vio en el parque fue a Bertha; su delantal era tan inmaculadamente blanco y limpio que se podía ver desde muy lejos. Bertha vio al lobo y vio que se aproximaba sigiloso hacia ella, y empezó a desear no haber entrado nunca en el parque. Corrió con todas sus fuerzas, y el lobo fue tras ella con enormes saltos y zancadas. Logró llegar a un seto de arbustos de mirto y se escondió en uno de los más espesos. El lobo olfateaba entre las ramas, con la lengua negra colgando fuera de la boca y sus ojos gris pálido brillando de rabia. Bertha estaba aterrorizada, y pensó para sí: «Si no hubiera sido tan extraor-

dinariamente buena, ahora mismo estaría a salvo en el pueblo». Sin embargo, el aroma del mirto era tan intenso que el lobo no podía olfatear dónde se escondía Bertha, y los arbustos eran tan espesos que podría haber husmeado entre ellos largo tiempo sin llegar a verla, así que pensó que lo mismo daba irse a atrapar a un cerdito. Bertha temblaba muchísimo por tener al lobo merodeando y olfateando tan cerca de ella, y al temblar la medalla por obediencia tintineó contra las medallas por buena conducta y puntualidad. El lobo estaba a punto de marcharse cuando oyó el sonido de las medallas tintineando y se detuvo a escuchar; volvieron a tintinear en un arbusto muy cerca de él. Se lanzó hacia el arbusto con los ojos gris pálido brillando de ferocidad y triunfo, sacó a Bertha de entre las ramas y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, jirones de ropa y las tres medallas por bondad.

—¿Mataron a alguno de los cerditos?

—No, todos escaparon.

—El cuento empezó mal —dijo la más pequeña de las niñas pequeñas—, pero tuvo un final precioso.

—Es el cuento más bonito que he oído en mi vida —dijo la mayor de las niñas pequeñas con enorme determinación.

—Es el *único* cuento bonito que he oído en mi vida —dijo Cyril.

De la tía llegó una opinión discrepante.

—¡Un cuento de lo más inapropiado para contárselo a niños pequeños! Ha echado por tierra el efecto de años de cuidadosa educación.

—En cualquier caso —dijo el soltero, recogiendo sus cosas a punto de abandonar el compartimento—, los he tenido callados durante diez minutos, lo cual es más de lo que usted ha conseguido.

—¡Pobre mujer! —se dijo para sí al bajar al andén de la estación de Templecombe—. ¡Durante los próximos seis meses, poco más o menos, esos niños la asaltarán en público exigiéndole un cuento inapropiado!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB